

lógico que hizo recientemente el jesuita padre Fichter en Norteamérica, descubriendo sin piedad los esclavizados rasgos masculinos que en la Iglesia han existido en todos los campos, y muy especialmente en las órdenes religiosas femeninas, dominadas siempre por varones espirituales, que imponían coactivamente sus criterios en conciencia.

Sin embargo, son pocos los que —hasta estos últimos años— se han alzado en la Iglesia enfocando imparcialmente el puesto y la naturaleza de la mujer. Dos grandes pensadores católicos progresistas —el filósofo y sociólogo Manuel Mounier y el paleontólogo evolucionista padre Teilhard de Chardin, S. J.— han sido muy desorientadores al enfocar en forma conservadora este problema. Y el mejor moralista de nuestros días, el padre Haering, todavía cree que se debe pagar menos a la mujer que al hombre en una misma profesión.

Menos mal que ahora rectificamos en la Iglesia, pero hemos de reconocer que hemos sido impulsados a ello desde fuera, y no desde dentro.

Los análisis que de San Pablo hace Lecarme son claros y contundentes para hacernos ver que el lenguaje e ideas de este Apóstol fueron deudoras de una cultura antifemenina, a través de la cual se expresa con cierta dificultad el mensaje religioso del Evangelio.

El sentido del sexo en el futuro y la renovación cristiana de la estructura familiar son otros temas que toca también acertadamente el autor de este libro.

El libro de sor Vincent es, en cambio, muy diferente. Es un libro menos personal, más erudito, en el que exhaustivamente estudia el sacerdocio en la mujer a través de todas las civilizaciones y religiones, deteniéndose especialmente en el cristianismo, y concluyendo que es posible la mujer-sacerdote en el porvenir. Es curioso observar que esta religiosa centra el sacerdocio en la mujer solitaria y, en cambio, el seglar Lecarme lo centra en el matrimonio. «¿Por qué —se pregunta el seglar— no podría haber un sacerdocio matrimonial?». Todo ello, sin embargo, me lleva a esta

pregunta: ¿Por qué tanto afán de hacer sacerdote a la mujer en una época en donde el sacerdocio está en baja y su crisis es lo primero que debemos resolver? No sé qué afán pueden tener algunas representantes del sexo femenino en reivindicar tanto algo que resulta ya poco apetecible en el mundo actual. Lo más decisivo es poner en su sitio al sacerdocio y llegar a comprender que esa función será un servicio muy modesto dentro del mundo de los creyentes futuros, a diferencia de lo que ha sido hasta ahora en un mundo culturalmente subdesarrollado. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

Comics: Victor de la Fuente, una cuarta vanguardia

No tiene objeto repetir las condiciones y obstáculos en que se desenvuelve cualquier tipo de vanguardia. La artista, por supuesto. Simplemente, hacer notar cómo se agravan aquéllas cuando el arte está mediatizado industrialmente. En este estado de cosas, que afectan de manera particular a la historieta, la aparición de una obra de vanguardia, dentro de los canales de difusión y distribución comerciales, además, ha de ser saludada gozosamente. Victor de la Fuente, autor del guión y dibujo de «Haxtur», ha conseguido realizar una obra que marca un paso en la moderna historieta europea, una historieta que, sin olvidar su primaria función, constituye, paralelamente, una opinión propuesta al lector. Lo cual es una rara avis en el panorama del «comic».

«Haxtur» —según de la Fuente— es un manifiesto político, aunque su lenguaje no es popular. Más que expresar algo determinado, con «Haxtur» he querido librarme de una serie de contenciones, tomar postura frente a una situación. Para mí, Haxtur es la representación del idealismo de un hombre actual; es un guerrillero, porque no puedo poner a un personaje del establishment como idealista.

Haxtur es un guerrillero

latinoamericano que recibe un balazo durante un enfrentamiento con tropas regulares en la selva. A través de varios episodios, De la Fuente narra la búsqueda de Haxtur de las razones de su lucha y el porqué de su muerte.

«Haxtur se enfrenta a la problemática del hombre, de lo político a lo socioeconómico: el racismo, la contaminación, el abuso del poder, la opresión, la alienación, el dogmatismo...»

«¿Qué posibilidades hay en España de hacer, de forma continuada, una historieta inteligente?»

«Todas. Vehículos hay, no sólo en tebeos, sino también en revistas para adultos. El problema es la falta de personas preparadas para hacer guiones y las limitaciones de la censura. Los literatos, entre



comillas, desprecian la historieta por considerarla un arte menor, y también por estar mal pagada. Pero los pocos que se acercan a ella no comprenden que la estructura del guión de comic es distinta a la del literario o cinematográfico.

«Pero, ¿no existen personas preparadas o a estas personas no les interesa el comic, por ser, efectivamente, en la mayoría de los casos, un arte mediocre?»

«Es un círculo vicioso. A lo que hay que añadir que la situación vivencial del dibujante no le permite, sino esporádicamente, realizar una investigación para lograr mejorar su obra. La situación del guionista es distinta, porque éste siempre está mal pagado. Sin embargo, los escritores profesionales deberían darse cuen-

ta de que el comic es la literatura del futuro. Si admiro algo de los norteamericanos es su pragmatismo en la creación del Reader's Digest, que hace creer a sesenta millones de personas que leen libros, cuando no se enteran de nada. El hombre del mañana estará más mediatizado por la imagen, y no tendrá tiempo para leer mamotretos. A la larga, como todo se lleva a la Universidad, no sé por qué, llevarán la historieta a la Universidad, como ya han hecho en la Sorbona.

«¿Cuál es la situación socioprofesional del historietista en España?»

«Pésima, en términos generales. Conozco casos que hasta hace poco cobraban lo mismo que en el año cuarenta y cinco, es decir, cincuenta o sesenta pesetas por viñeta. Muchos trabajan para el extranjero por esto. Actualmente, la cosa no está mucho mejor, debido básicamente a un problema de poder adquisitivo, porque la gente compra las revistas más baratas, que suelen ser las peores.

«¿Qué problemas concretos tienen los dibujantes?»

«Sobrevivir. Esta es una profesión que carece de la más mínima previsión, por lo que el que no pueda dibujar se muere. Pero es achacable a los propios dibujantes. La profesión tiene tantas dificultades que, en potencia, todos somos enemigos de todos. El pensar en una asociación amistosa entre nosotros es imposible. Existe una oferta inmensa y una demanda restringida. El Estado debería preocuparse de la cantidad fabulosa de millones de pesetas que entran en concepto de exportación de dibujos; es otra «industria sin chimeneas», que beneficia al país, pero no al dibujante. Vivimos al día, sin ningún seguro social ni ninguna clase de protección. No creo que fuera solución el encuadrarnos en algún tipo de legislación laboral, tampoco crear una asociación profesional; quizá la formación de cooperativas... Las dificultades están en el carácter creador y artístico de la profesión. Y, sobre todo, en que cuando a un historietista le preguntan su profesión y aquél le dice, insisten: «Ya, y de "serio", ¿qué hace?». ■ IGNACIO FONTES-JESUS CUADRADO.

CINE

Mae West, la mujer que inventó la censura

Eran los años de la «vamp», de la mujer devoradora de hombres, que, desde la pantalla, lanzaba su mensaje de sensualidad a un público aturrido por la monotonía o por el triunfo fácil, y que años más tarde tuvo que seguir emitiendo esa onda sublimadora para el mismo público, vencido ahora por la inesperada hecatombe de la depresión. Era la mujer capaz de reunir las cualidades que nunca existieron en la mediocre ama de casa americana, en la puritana de corte medio, educada de acuerdo a unas reglas de virtudes que sus maridos elegían, pero no amaban; era la mujer que podía llamarse Marlene Dietrich, Clara Bow, Gloria Swanson, Jean Harlow, Lupe Vélez, Louise Brooks; libre, de vida fácil, enlazada por diamantes o cálidos abrigos en visón, que podía provocar a todos, pero que, en el fondo, amaba con locura a un solo hombre en su vida; la mujer prototipo de una importante etapa del cine americano, que encarnaba ilusiones y hasta algunas realidades de una sociedad que sólo a través del cine comenzaba a reconocerse o a identificarse; una mujer que fue el telón de fondo de una de las más corrosivas estrellas cinematográficas que jamás haya tenido la pantalla.

Mae West, «vamp» que no se regeneraba como las otras en los finales de sus películas, que no creía que el amor fuera una emoción o un instinto, sino un arte; que empezó a tomarse a broma todo aquel juego sofisticado de películas inquietantes, pero respetuosas de las reglas morales que imponían las ligas al uso, irrumpió en el cine tras haber actuado en un sinfín de comedias musicales de las que, generalmente, era total autora e intérprete. Y su irrupción (1932) fue un baño de espon-